

Jesús y pescadores de hombres. La gramática será las «gafas» con que se nos invita a leer el evangelio; más concretamente, Perón apunta al empleo de imperativos y formas exhortativas por parte de Jesús como medio para transformar y guiar a sus discípulos.

En efecto, como muestra el autor, Jesús en el evangelio de Marcos emplea órdenes para que determinados valores, comportamientos y actitudes sean asumidos por sus discípulos. En otras ocasiones serán recriminaciones las que intentarán corregir comportamientos que no responden al Evangelio. Emplea el Jesús de Marcos también prohibiciones que, a modo de exhortaciones implícitas, refuerzan el lenguaje comunicativo del Maestro y sus instrucciones. Las exhortaciones son empleadas principalmente para ayudar a superar momentos particulares y cruciales en la vida de los discípulos.

La tesis de Perón, que creo refleja acertadamente el núcleo del discipulado en el evangelio de Marcos, es que seguimiento y formación son un mismo proceso. El «estar» con Jesús es ocasión de reaccionar permanentemente a sus palabras y a sus acciones. A través de la relación con Jesús los discípulos recorren un camino de comunión con Él, se les va revelando progresivamente su identidad, y van aceptando, no sin dificultad, el «camino» del Hijo del Hombre, de la Pascua y de sus consecuencias.

El mérito de Perón no está tanto en haber puesto de relieve los rasgos anteriores, pues son elementos más o menos conocidos del Segundo Evangelio. El mérito está en haber percibido cómo los imperativos de Jesús están en relación directa con la formación de sus discípulos. A través de estos imperativos se nos revela la personalidad fuerte de Jesús, su autoridad, su constante iniciativa. En estos imperativos, o exhortaciones, va dejando el Jesús de Marcos los rasgos principales de su misión, para la cual está preparando a los discípulos. Un ejemplo de esto lo tenemos en el episodio de Cafarnaúm (Mc 1,35-37), donde a la oración de Jesús sigue la orden de ir a otros pueblos: no se presenta sólo como una instrucción práctica; detrás está la formación de los discípulos como quienes deben estar en permanente libertad e itinerancia, en continua búsqueda de nuevas metas y horizontes (p. 46).

El libro está bien presentado. Se cierra, además de con la bibliografía e índices de citas y de autores, con las tablas de imperativos y exhortativos de Jesús a los discípulos que han servido al autor como primer escalón de su estudio.—FRANCISCO RAMÍREZ FUEYO.

HISTORIA DE LA IGLESIA

JUAN BAUTISTA VILAR, *El Cardenal Luis Belluga*, Biografías Granadinas, Editorial Comares, Granada 20001, XXIV + 373 pp., ISBN 84-8444-321-3.

El Cardenal Luis Belluga (Motril 1662-Roma 1743) es un gran personaje de la Historia de España, del que se han ocupado algunas biografías y estudios monográ-

ficos de valor desigual. Sin embargo, su figura merece ser mejor conocida a nivel general, y mejor investigada en sus múltiples facetas. Este doble criterio de difusión y de investigación es el que ha pretendido Juan Bautista Vilar en esta preciosa y bien lograda biografía de quien fue un hombre clave en el empalme de los siglos xvii y xviii, hombre de transición entre el Barroco y la Ilustración, destacado en la Iglesia y en la política, intelectual y devoto, ideólogo y pragmático, defensor celoso de las esencias religiosas antiguas y, al mismo tiempo, promotor de toda clase de mejoras temporales en beneficio del pueblo. El autor afirma que sus páginas sólo pretenden ofrecer al lector una reflexión sobre aspectos fundamentales de la vida y obra del personaje, y estimular nuevas investigaciones. Hay que añadir que la biografía que nos ofrece posee, además, el mérito de la claridad en la exposición, la totalidad con que se abordan las múltiples facetas de un personaje muy complejo, y la contextualización de los ambientes religiosos, políticos y sociales de su época. Para los estudiosos encierra un valor muy especial el índice de fuentes, es decir, la completísima reseña de toda la obra inédita e impresa de Belluga (pp. 331-353), localizada en 24 archivos y bibliotecas. Con este bagaje documental, un historiador de casta, como Vilar, experto en temas murcianos, ha logrado —con ayuda de su hija María José, compañera de trabajos y archivos— una biografía modélica, bien contada y sólidamente documentada.

El libro se abre con una buena introducción en la que se explica la importancia histórica del biografiado y los rasgos principales de su carácter. En la biografía se ha seguido la técnica de superposición de facetas, como en las viejas litografías, en que los colores se van añadiendo sucesivamente hasta lograr una imagen ajustada y completa. Las facetas de aquel hombre tan singular se desarrollan en diez capítulos: 1: El hombre. 2: El sacerdote. 3: El soldado. 4: El Virrey y capitán general. 5: El cruzado. 6: El obispo. 7: El reformador. 8: El filántropo, fundador, mecenas y empresario agrícola. 9: El político. 10: El cardenal. En los dos primeros capítulos se trazan las etapas iniciales de la vida de don Luis, sus estudios y los rasgos de su carácter. Se resalta con acierto su condición sacerdotal, que configura toda su vida, pues siempre fue un sacerdote ejemplar, estrechamente vinculado a la Congregación de San Felipe Neri. Siguen tres capítulos en los que se explican las funciones castrenses y civiles de Belluga en los primeros años de su episcopado murciano, durante la guerra de sucesión, en la que se mostró defensor convencido de Felipe V. Luego se expone con detalle su admirable labor al frente de la Iglesia de Murcia (1705-1727), no sólo como pastor espiritual y reformador religioso, sino también como fundador de instituciones benéficas y organizador de los soportes económicos que las dieron consistencia. Sus ideas políticas están muy influidas por el espíritu de la contrarreforma (antirregalismo), al mismo tiempo que expresan el espíritu crítico y reformista del siglo xviii (carta a Felipe V sobre los males de España en 1721, inspiración de la bula *Apostolici ministerii* de Inocencio XIII). El último capítulo se dedica a su actividad como cardenal (nombrado en 1719, y residente en Roma desde 1723). En la ciudad eterna actuó como «Protector de España», alivió las tensiones de la curia pontificia con la corte de Madrid y negoció los primeros acuerdos de lo que sería el Concordato de 1753. En Roma prosiguió sus obras benéficas y sirvió a la Iglesia Universal en importantes trabajos. Desde la Congregación de Propaganda Fide inició encuentros ecuménicos con las

iglesias de oriente (maronitas, melquitas, armenios, etc.), e incluso se ocupó de establecer conexiones con el lejano Tibet. Belluga no pudo intervenir en la condena de Clemente XI a los ritos chinos (1715), que resultó tan lastimosa para las misiones, y especialmente para los jesuitas, a los que nuestro cardenal profesó gran estima.

La riqueza informativa de esta biografía es grande. Se tocan muchos temas sustanciosos relativos a la política, la cultura, el pensamiento y la economía, que resultan especialmente valiosos por referirse a uno de los tramos de nuestra historia eclesiástica y civil más necesitados de investigación. Destacaré solamente las tres aportaciones que me han resultado más novedosas: la guerra de sucesión, los aspectos costumbristas y las iniciativas benéficas y económicas. El autor describe con acierto el desarrollo de la guerra de sucesión en el Reino de Murcia, territorio clave para contener el avance austracista entre Valencia y Andalucía. Se explica así la importancia de la batalla de Almansa, y la acción decisiva de Belluga en la organización de milicias y recursos, y en la propaganda de la causa borbónica, presentando la guerra como una cruzada contra los herejes. Más que las campañas bélicas, se nos describen los desastres de la guerra, las divisiones, las represalias y la miseria.

A esos males espirituales y temporales quiso poner remedio el obispo Belluga. Las relaciones de las visitas *ad limina*, las cartas pastorales, los edictos y otros escritos revelan la intensa actividad del obispo, la estructura de la diócesis cartaginesa, y el comportamiento de clero y pueblo. Esos documentos nos describen interesantes cuadros de costumbres. La situación espiritual era deplorable, especialmente después de la guerra. Se nos cuentan casos curiosísimos, de monjas relajadas, violadas y amotinadas. En su afán reformador el obispo mostró un celo desmedido contra los excesos de las nuevas modas venidas de Francia. Consideraba pecado mortal «los escotados que se llaman petos, que llevan la mitad de los pechos fuera», «las faldas tan cortas por delante que descubren los pies», los velos transparentes, las mangas de ángel (no cerradas hasta el puño), los saraos y los juegos de naipes. Belluga lanzó pastorales contra la inmodestia y el lujo, y en 1722 escribió un libro, *Contra trajes y adornos profanos*. El autor matiza estas exageraciones indicando que lo que en ellas se combatía principalmente era el lujo y despilfarro de la aristocracia insensible a los males que estaba sufriendo el pueblo.

La buena fama de Belluga se debe sobre todo a sus iniciativas benéficas, económicas y sociales. El autor se recrea en estas obras, en las que el gran obispo procuró asegurar las obras benéficas tradicionales con una economía estable inspirada en los criterios de la Ilustración. Admira la simple enumeración de las instituciones apuntaladas o fundadas por don Luis; pero también el detallado reparto de las 40 porciones en las que se dividían las rentas para sostener sus fundaciones, o las subporciones que se aplicaban a determinados fines (cf. esquemas en pp. 187 y 193). El mayor peligro de las fundaciones en la Edad Moderna estaba en la inseguridad de las rentas. Para dar estabilidad a sus fundaciones Belluga organizó un plan económico de largo alcance: la colonización de las tierras del Bajo Segura, en una extensión aproximada de 5.500 hectáreas. Se desecaron las marismas malsanas, se construyeron acequias y se establecieron colonos en tres pueblos nuevos: Dolores, San Felipe Neri y San Fulgencio. La piedad de Belluga, reflejada en los nombres de estos

pueblos, se expresaba en acciones de caridad y de justicia, que ofrecían remedio a los necesitados en el hospital, el hospicio, la casa de expósitos, la casa de recogidas, el seminario, el colegio de infantes, los montepíos y pósitos para remedio de la usura, y las limosnas ocasionales para los pobres, los presos o los damnificados. Las fundaciones de Belluga demuestran, indirectamente, lo mucho que podía hacerse con las pingües rentas eclesiásticas del Antiguo Régimen, cuando surgían hombres inteligentes y emprendedores, con una fe religiosa comprometida con las necesidades del prójimo.—M. REVUELTA GONZÁLEZ.

M.^a JULIA DE EGUILLOR, *Fidelidad y libertad. María José Sirera Oliag. Vida y Antología*, Ayuntamiento de La Zaida (Zaragoza) 2000, 339 pp.

El libro que presento es atípico. Reconstruye la trayectoria vital de una mujer que, convencida de que Dios guiaba sus pasos, orientó por rumbos bien diversos su vida en medio del torbellino de la crisis postconciliar, en la España que va desde finales de los sesenta a principios de los ochenta. Es un conjunto de recuerdos y textos de la protagonista, enriquecido con algunas aportaciones testimoniales de quienes la conocieron.

Lo más fácil es recoger su periplo externo. A él se dedica la primera parte de esta obra. M.^a José nació en Valencia en 1934 en el seno de una familia acomodada. Estudió en el Colegio de las Esclavas del Sagrado Corazón y comenzó su primer año de universidad. Tras él ingresó en el Noviciado de las Esclavas en 1952. Finalizado el noviciado, en 1955 retomó sus estudios de Geografía e Historia en la Universidad de Barcelona, que coronó con la tesina de Licenciatura, dirigida por Vicens Vives: «Obreros en Barcelona: 1900-1910», trabajo que la impactó. Finalizada la carrera pasa un año (1959-1960) en Roma para prepararse a sus votos perpetuos. Pensó en este tiempo hacerse Hermanita de Foucauld, aunque la disuadieron la constatación de que estas religiosas están con los pobres, pero no trabajan como ellos y la promesa de que, en las Esclavas, podría realizar sus ideales. Dedicó luego tres años a trabajar en el Secretariado de vocaciones. A partir de 1963 sus superiores le encargaron que realizase su tesis doctoral, que finalizó en 1967. Ya doctora, podía ser Directora del Colegio Mayor Azaila, que las Esclavas acababan de abrir en Zaragoza. En el bienio 1968-1970 se gestará su crisis de conciencia. Los años del postconcilio en la España del régimen de Franco provocaron preguntas radicales a muchos cristianos. A M.^a José volvió a asediarse el deseo de trabajar como obrera. En correspondencia amplia y sincera con su Superiora General llegó a la decisión, dolorosa pero generadora de paz para ella, de que debía dejar la Congregación.

Comenzó una etapa nueva trabajando como obrera en el barrio El Picarral, en la misma Zaragoza, donde había jesuitas obreros, encargados de dos parroquias. Fueron cuatro años también dolorosos: ni su salud ni su talante le permitieron continuar allí. Ocupó en curso 1974-1975 en el pueblo zaragozano de La Zaida, cuyo ayuntamiento gestionó la enseñanza de sus niños para evitar que tuvieran que trasladarse treinta kilómetros por mala carretera para llegar al próximo centro escolar. Cuando